

Perspectivas de las relaciones entre la Unión Soviética y América Latina

Eusebio M. Mujal-Leon

América Latina no ocupa un lugar prominente en la lista de prioridades estratégicas de la Unión Soviética, aunque sí es un elemento importante en la ecuación global de poder que mantiene en estado de alerta a las dos superpotencias y, de paso, al mundo entero. Pero precisamente por ser área de gran valor político y estratégico para Estados Unidos, la región latinoamericana reviste interés especial para los soviéticos. Pese al relativamente escaso alcance de su influencia ideológica, al menos en lo que respecta a la debilidad de la mayor parte de los partidos comunistas locales, la Unión Soviética se beneficia de los malestares regionales que significan a su principal rival el empleo de recursos importantes y la división de la opinión pública en torno a su política hemisférica¹.



¿QUE TAN IMPORTANTE ES LATINOAMERICA PARA LA UNION SOVIETICA?

¿Cuánta atención le dedican sus dirigentes a dicha región? En cierto sentido, vale decir que los acontecimientos y sucesos de América Latina no revisten tanta importancia para la Unión Soviética (desde el punto de vista de su seguridad y de sus intereses inmediatos) como aquello que ocurre en Europa Oriental y Occidental, en el este de Asia y en el Oriente Medio. Pero esta evaluación del status objetivo de América Latina no refleja adecuadamente el significado que tiene la región para la URSS. Latinoamérica es, después de todo, un área de importancia estratégica y política para Estados Unidos, y como tal figura en primer plano en la ecuación global URSS-EEUU.

Los analistas y formuladores de políticas en la Unión Soviética comenzaron a prestar mayor atención a Latinoamérica en los albores de la revolución de Fidel Castro y, con el desarrollo (aunque gradual y desigual) de la relación soviético-cubana, empezaron a abandonar la idea de que América Latina era un área de natural e incuestionable influencia y hegemonía estadounidense. Pese a las ventajas estratégicas y políticas que los soviéticos derivaron de su relación con Cuba, sus esfuerzos para entablar relaciones estrechas y duraderas con países latinoamericanos o para influir en sus acontecimientos internos no fueron especialmente exitosos durante las pos-

I TRIMESTRE 1987

trimerías de la década del 70. Para finales de dicha década, si se exceptúa Cuba, menos del 1 por ciento de las exportaciones latinoamericanas tenía como destino la Unión Soviética, y apenas poco más del 1.5 por ciento de las importaciones de la región provenía del mencionado país.

Las naciones latinoamericanas no derivan mayores ventajas (en términos de disponibilidad y calidad de productos) del intercambio comercial con la Unión Soviética, y han continuado negociando principalmente con Estados Unidos, Europa Occidental, Japón e, inclusive, con algunos países africanos, más que con la URSS. Desde el punto de vista político, la Unión Soviética acogió con agrado el ascenso al poder de los militares en el Perú y la elección de Salvador Allende en Chile, pero en ninguno de estos casos pudo influir sobre los eventos subsiguientes. El hecho de que los partidos comunistas, instrumentos tradicionales de la influencia soviética, no fueron actores políticos de importancia (con la posible excepción de Chile, Uruguay y Venezuela), contribuyó a debilitar aún más la mano soviética.

El reconocer la primacía estratégica y política que los soviéticos conceden a otras regiones y el comprender las restricciones bajo las cuales la URSS opera en Latinoamérica, no debe conducirnos a subestimar o a menospreciar la importancia que para sus dirigentes reviste la región. Ello se explica por dos razones. En primer lugar, el atractivo que ejerce Latinoamérica sobre Moscú no es simplemente una función del interés objetivo soviético, sino que se relaciona directamente con su significado (real y percibido) para Estados Unidos. Cualquier definición ponderada y sensata del interés nacional estadounidense en lo que respecta a América Latina (y, obviamente, debe tener en cuenta el significado diferencial de sus subregiones constituyentes) establece este punto. Gústenos o no, tanto aliados como adversarios consideran por lo general que la región, y en especial el Caribe y Centroamérica, tiene un significado estratégico y político primordial para Estados Unidos.

En segundo lugar, desde finales de los años 70, los analistas y formuladores de políticas soviéticas han concluido que las últimas dos décadas del siglo veinte ofrecen nuevas posibilidades de acción para la URSS en Latinoamérica. Algunas de estas esperanzas incluyen a Centroamérica, aunque allí, vale observar, la euforia sobre la ola revolucionaria que se suponía iba a barrer la región ya se había disipado para fines de 1981. Otras reflejan la convicción de que la misma naturaleza de las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica ha variado con el surgimiento de potencias regionales, el fenómeno del nuevo nacionalismo latinoamericano y el impacto que eventualmente podría tener la crisis de la deuda sobre la estabilidad de varios regímenes latinoamericanos y sobre su relación con Estados Unidos.

Es contra este telón de fondo que debe analizarse la política soviética frente a América Latina. Para comenzar, los formuladores de políticas soviéticas son por lo general cautelosos y pragmáticos en su aproximación a Latinoamérica. No necesariamente les interesa (o, más exactamente, no esperan) el desarrollo de acontecimientos dramáticos. Así como buscan pro-

mover la desintegración controlada de la OTAN, también les interesa la reducción controlada de la influencia norteamericana en Latinoamérica. Y, con este objetivo en mente, han estado dispuestos a apoyar regímenes militares, tanto reaccionarios como progresistas (v.g. Argentina y Perú), así como (a través de Cuba) movimientos de liberación nacional.

Los soviéticos buscan poder ejercer influencia económica y diplomática a largo plazo en Latinoamérica, pero también son muy conscientes de las restricciones bajo las cuales operan. La experiencia chilena suministró valiosas lecciones a este respecto, aún mientras abría el campo para una reevaluación (por lo menos en público) de la vía armada. Es claro que, como lo han demostrado más recientemente los eventos en Granada y en Nicaragua, una cosa es mostrarse cauteloso y pragmático y otra muy distinta ser indiferente. Y la URSS, en colaboración con Cuba y otras naciones del bloque, ha demostrado contar con una capacidad singular para llevar a cabo actividades en forma indirecta, discreta y secreta. El pragmatismo implica un esfuerzo concertado para explotar las oportunidades.

Cuba desempeña un papel importante en la estrategia soviética hacia Latinoamérica. No solo sirve la nación caribeña como intérprete de la realidad latinoamericana, como modelador de las percepciones soviéticas y como interlocutor con grupos de extrema izquierda (con los cuales a Moscú tradicionalmente le ha costado trabajo establecer vínculos o con quienes prefiere evitar trato directo), sino que Cuba también ha estado dispuesta, por razones de conveniencia, principios y necesidad económica, a efectuar el trabajo desagradable de los soviéticos. Ello fue evidente en África durante mediados de los años 70 y no lo ha sido menos en Granada y en Nicaragua.

Aún al tratar de extender la influencia de su país en América Latina, quienes formulan la política soviética miran con recelo los esfuerzos realizados por los denominados regímenes progresistas para involucrar directamente a la URSS en su supervivencia. El hecho de que una élite se proclame una vanguardia marxista-leninista no necesariamente significa, según el punto de vista soviético, que ello sea una realidad. Es más, podría decirse que la prueba está en los hechos. La Unión Soviética quiere respaldar a triunfadores. Granada sirvió de ejemplo y, en el caso de Nicaragua, nuevamente ha resultado válida la misma lección. Las declaraciones soviéticas de apoyo al FSLN han abundado en retórica mas no así en sustancia, por lo menos al limitarse, en público, a ofrecer apenas solidaridad política. La Unión Soviética también ha insistido en que aún tal reconocimiento y apoyo tiene un precio. Esta es, a mi parecer, la explicación más probable de lo que fue, desde cualquier otro punto de vista, un tonto error político: la visita efectuada por el presidente nicaragüense Daniel Ortega a Moscú en abril de 1985, justo después de que la Cámara de Representantes derrotó la propuesta que acababa de presentar el Presidente Reagan para otorgar ayuda a los contras.

El interés de la Unión Soviética en Latinoamérica se deriva principalmente de la proximidad de tal región con Estados Unidos y, por ende, de su importancia para los norteamericanos. Desde el punto de vista de los formuladores de políticas en Moscú, los problemas que confronte Estados Unidos en Centroamérica resultan muy útiles en cuanto que obligan a una re-

1/ The Washington Quarterly, Vol. 9, No. 4.

ducción y modificación de las proyecciones de fuerza estadinense en otros lugares, particularmente en Europa Occidental y en la Cuenca del Pacífico. La consolidación del régimen sandinista sería un acontecimiento positivo, pero no lo sería menos, desde el punto de vista soviético, una intervención militar y derrocamiento del gobierno dirigidos por Estados Unidos. Una segunda dimensión de la crisis centroamericana, que los soviéticos creen que podría redundar en provecho de su propio país, se refiere a la tensión que el conflicto y la respuesta estadinense han provocado entre Estados Unidos y sus aliados europeos y latinoamericanos. Este tema se encuentra en análisis publicados en la prensa soviética sobre asuntos tales como la Internacional Socialista, la actividad de la Democracia Cristiana y la política francesa frente a América Latina.

Esto me lleva a la última parte de esta exposición, que es el interrogante sobre cuál podría ser la respuesta de Estados Unidos a la estrategia soviética en Latinoamérica. Cabe aquí insistir en la necesidad de superar el etnocentrismo y la actitud paternalista de la élite norteamericana encargada de la política exterior con respecto a Latinoamérica, sentimiento compartido tanto por los conservadores como por los liberales. La respuesta de los primeros a las agonías del desarrollo latinoamericano ha enfatizado con mucha frecuencia las perspectivas militares y de seguridad, y ha aceptado con excesiva facilidad la garantía (ilusoria) de estabilidad ofrecida por regímenes militares autocráticos. Los liberales, a su vez, con demasiada frecuencia han alimentado una visión romántica de América Latina o, paralizados por el síndrome de Vietnam, han descartado la importancia estratégica de la región. Estas percepciones han influido en sus respectivas evaluaciones de la estrategia soviética en el área. Los formuladores de políticas conservadores algunas veces han exagerado la presencia soviética y su papel; a su vez, sus contrapartes liberales han subestimado la función (o interés) que desempeñan la Unión Soviética y Cuba en el fomento de la inestabilidad y la violencia. Y aún otros insisten en que la Unión Soviética y Cuba desempeñan un papel mínimo o nulo en el fomento de dicha inestabilidad y violencia.

La respuesta norteamericana a los esfuerzos soviéticos por influir en Latinoamérica debe guiarse por las consideraciones siguientes. En primer lugar, la Unión Soviética explotará cuantas oportunidades se le presenten para debilitar la presencia y el papel de los norteamericanos en la región, e invertirá dinero y recursos en un régimen marxista-leninista consolidado. Los intereses cobrados por la Unión Soviética sobre su inversión cubana desde 1959 bien han valido el precio. Aún así, la Unión Soviética, habida cuenta del énfasis que Mikahil Gorbachov ha puesto sobre la revitalización de la economía doméstica, probablemente no está muy interesada en el aventurismo y no busca desafíos directos a Estados Unidos en la región.

En segundo lugar, la Unión Soviética espera fortalecer sus relaciones a largo plazo y sus vínculos económicos con las principales naciones latinoamericanas, como Argentina, Brasil, México y Venezuela, y en dichos países ha encontrado élites deseosas de cooperar, a fin de ganar un mayor espacio de maniobras con relación a Estados Unidos. Pero existe una gran distancia entre lo que los soviéticos quisieran y lo que puedan lograr a este respecto.

CIENCIA POLITICA

Como ha observado Elizabeth Valkenier en lo referente a la política soviética general frente al Tercer Mundo, "las capacidades soviéticas no corren parejas con sus aspiraciones políticas".

En tercer lugar, la Unión Soviética le otorga gran importancia a la protección de su inversión en Cuba. De hecho, la defensa de este baluarte condiciona la estrategia soviética en el resto de Latinoamérica, especialmente en América Central. Por su parte, el régimen de Castro, bajo la presión de sus continuos reveses económicos y con sus líderes cada vez más conscientes de su fracaso en la formación de un hombre nuevo, se encuentra cada vez más sujeto y comprometido con la Unión Soviética.

"Jamás existirá un estado realmente libre y culto mientras el estado no se avenga a reconocer al individuo como un poder superior e independiente, de donde proviene su propio poder y autoridad, y lo trate como tal".

Henry Thoreau

I TRIMESTRE 1987